

OPINIÓN

JOSÉ ANDRÉS ROJO

El crujido

La primera ministra británica, Theresa May, no estuvo el domingo en París para conmemorar el centenario del final de la I Guerra Mundial. Prefirió hacer una ceremonia en casa, más discreta, lejos del marco imponente que levantó el presidente francés, Emmanuel Macron, para acordarse de aquel remoto día en que se puso fin a una carnicería colosal, difícil de concebir todavía hoy: diez millones de muertos, seis millones de heridos y millones y millones de seres partidos, rotos. Macron quiso aprovechar la ocasión para señalar que lo peor siempre es posible. Al pie del Arco del Triunfo, y ante numerosos jefes de Estado, llegó a decir que dependía “de nosotros” que aquella imagen no fuera la del “último momento de unidad antes de que el mundo caiga en un nuevo desorden”.

Theresa May no estaba en esa fotografía. Igual alguien, particularmente atento a esos ruidos subterráneos que adelantan la marcha de la historia, escuchó este fin de semana un lejano crujido. Ese crujido que pocos días después empieza a sonar más próximo cuando van conociéndose los detalles de la separación: Reino Unido se va de la Unión Europea, y poco a poco escocerá, y seguro que luego dolerá mucho, la herida de la amputación.

En estas circunstancias en las que empieza a agrietarse un marco supranacional es tentador acordarse de aquellos otros proyectos que terminaron dinamitados por el empuje de los nacionalismos. El sociólogo Richard Sennett habla de las revoluciones de 1848 como de un momento de fuerte empuje de aquellos que defendían que la nación estaba conformada por

Cuidado con la eficacia de encender las pasiones de las masas

Y el historiador François Fétjő, en *Réquiem por un imperio difunto*, su libro sobre la destrucción de Austria-Hungría: habla de dos figuras que empujaban de manera distinta a los nacionalistas húngaros que provocarían la revolución de 1848, el conde István Széchenyi y Lajos Kossuth. “Széchenyi quería ser prudente; utilizaba la razón, aborrecía los movimientos de masas, despreciaba a la pequeña nobleza ignorante y provinciana, para la que el patriotismo se reducía a hostigar permanentemente al Gobierno de Viena”, escribe Fétjő. “Quería quitarle hierro al movimiento reformista. Kossuth, admirando a Széchenyi y rindiéndole homenaje, estaba convencido de que no se podían crear grandes cosas con la fría razón sin movilizar las pasiones de las masas, incluso aunque fuera necesario compartir reivindicaciones irresponsables”.

¿A quién le importan dos caballeros húngaros del siglo XIX? Pues seguramente a nadie (acaso a un puñado de extravagantes). Es el conflicto que encarnan el que resulta revelador. La prudencia y la razón frente a la eficacia de encender las pasiones de las masas. Ese proyecto de hacer “grandes cosas”, incluso inflamando “reivindicaciones irresponsables”, suele terminar con mucha frecuencia en los campos de batalla. Poco antes de la llamada Gran Guerra, donde las ambiciones nacionalistas cobraban un protagonismo esencial, el escritor vienés Hugo von Hoffmannsthal en su *Carta de Lord Chandos* ya hablaba de la tosqueza y de la enfermedad de espíritu de su tiempo. Algo estaba crujendo y Von Hoffmannsthal apuntó: “He perdido del todo la facultad de pensar o de hablar coherentemente de cualquier cosa”. Es lo que ya está pasando ahora frente a líderes como Trump, Putin, Erdogan y los grandes propagandistas del Brexit.

La energía despilfarrada

FRANCISCO CASTAÑARES

Despreciar la biomasa del monte supone, además de un problema ecológico, otro gravísimo de protección civil

Cada año el fuego arrasa centenares de miles de hectáreas en amplias zonas del planeta. Lo ocurrido en Grecia semanas atrás nada tiene que ver con los episodios descritos en Portugal, California, Canadá, Chile o Australia el pasado año, pero dejan decenas de muertos y traen la alarma a una sociedad que asiste incrédula al terrible espectáculo de fuego, muerte y destrucción que nos mantiene en vilo cuando el calor aprieta.

Hace 50 años los campos estaban habitados y la gente aprovechaba las leñas para cocinar alimentos y calentar sus viviendas.

Abría espacios al monte que utilizaba como huertos y parcelas en las que sembrar cereal para dar de comer al ganado en épocas de escasez. Y reducía periódicamente la densidad de la vegetación para hacer *comestible* el interior de los bosques, aprovechando los brotes tiernos, tan *apetecibles* para el ganado.

Es decir, generaba discontinuidades y reducía el matorral en el interior de los espacios forestales por su propia dinámica de supervivencia. Y usaba el fuego de baja intensidad para mantener en óptimas condiciones sus zonas de cultivo y pastoreo. Rara vez había incendios descontrolados y cuando los había apenas quemaban un puñado de hectáreas.

Pero la gente se fue y el matorral lo cubrió todo. Desaparecieron las discontinuidades y el matorral se extendió ocupando grandes superficies, atiborradas de combustible listo para arder en cuanto su humedad descende por el calor. Es como si la gente, al irse, hubiera dejado abierta la llave de paso del gas, con lo que una chispa, inocente o no, basta para provocar una catástrofe. Solo queda el monte y el matorral cubriéndolo todo, multiplicán-

dose exponencialmente cada año y creando escenarios perfectos para que haya grandes incendios.

La tecnología ha avanzado en estos años y las Administraciones la han aprovechado para mejorar sus sistemas de extinción, quizá porque es lo primero que el mercado ha puesto a su alcance y sus resultados son inmediatos. La política, a veces, tiende a buscar la inmediatez y acaba resolviendo lo urgente, aunque con eso no haga otra cosa que incrementar riesgos futuros que sufrirán otros. La extinción es la respuesta al fuego, pero no es la solución.

La solución exige actuar sobre el combustible, el único de los tres elementos que hacen

masa, el equivalente en términos energéticos a 100 millones de barriles de petróleo, el 20% del consumo anual de España. ¿Podemos permitirnos el lujo de su despilfarro cuando hacerlo supone poner en riesgo miles de vidas humanas y la supervivencia de nuestros bosques?

Dirán que es costoso sacar la biomasa del monte, como si extraer petróleo del desierto, o bajo el mar, fuera fácil y barato. O que el camino que proponemos conduce a la sobreexplotación de nuestros recursos forestales, como si fuéramos incapaces de actuar con criterios de sostenibilidad.

Pero, frente a lo que digan los apóstoles de uno y otro credo, la gente tiene que saber

Cuanto más eficaces son los medios extinguiendo fuegos pequeños, más grande y destructivo será el incendio que vendrá

posible el fuego sobre el que podemos operar. La vegetación crece cada primavera a un ritmo anual de entre dos y cuatro toneladas de biomasa por hectárea que, al reducir su humedad por el calor, se convierte en inflamable. Si no la sacamos, se acumula, se seca y acabará quemándose tarde o temprano.

Y esta es la gran paradoja de la extinción: cuanto más eficaces son los medios extinguiendo fuegos pequeños, más grande y destructivo será el incendio que vendrá. Porque no estamos gestionando los excedentes de vegetación ni permitiendo que el fuego, como regulador natural, lo haga.

España cuenta con 27,7 millones de hectáreas de superficie forestal, de las que 18,4 millones son arboladas. Una superficie capaz de producir anualmente alrededor de 35 millones de toneladas de bio-

que la biomasa es una energía limpia, renovable, barata y con capacidad para reducir el calentamiento global y frenar el cambio climático. Su aprovechamiento sostenible es rentable, genera empleo y fija población al medio rural.

No aprovechar la energía del sol o el viento sería estúpido, pero no crearía mayores problemas añadidos. Despreciar la energía de los bosques supone, además de un problema ecológico, otro gravísimo de protección civil. Portugal el año pasado, y hace unas semanas Grecia, nos recuerdan que estamos poniendo en grave riesgo la vida de muchas personas que aún viven en el medio rural y la interfaz urbano forestal.

Francisco Castañares Morales es exdirector de la Agencia del Medio Ambiente de la Junta de Extremadura e impulsor del primer Plan INFOEX.

PERIDIS

